

CUATRO POETAS VENEZOLANOS CONTEMPORANEOS

De los cuatro poetas venezolanos que reunimos en esta selección, dos han pasado por la experiencia de convivir y escribir dentro de ciertos grupos muy importantes en la poesía contemporánea de Venezuela: Luis García Morales y Ramón Palomares. Los otros dos, Eugenio Montejo y Juan Sánchez Peláez, han permanecido y aún permanecen aislados de toda actividad grupal. Pero aun en Ramón Palomares y Luis García Morales, que pertenecieron a *Sardio* y a *El Techo de la Ballena*, la personalidad del poeta, la autonomía de escritura, logró darse, si se advierte que su lengua salió incólume y filtró toda posible adherencia a una efímera semejanza o a una entorpecedora uniformidad verbal. De esta manera, los solitarios o precursores, como los adheridos a connivencias de orientación estética o ideológica, posteriormente separados, ganan su lugar en una auténtica creación poética. Desembocan los cuatro en el trabajo poético independiente y, por consiguiente, en una profundización sin trabas de sus respectivos universos verbales: en una excavación más densa, propia y original de sus laderas vitales. Los textos de Eugenio Montejo se caracterizan por la vivencia y contemplación obsesiva del avance terrible y desgarrador de la temporalidad. Con una tónica serena, lúcida, de mesurada gravedad reflexiva, el poeta se instala en un espacio donde, al mismo tiempo que escudriña el desgaste de los animales o las cosas, percibe en ellos su propio extravío, su deseo de recuperarse. Montejo presenta en estos poemas un cierto tono de coloquio memorioso con el lector, una tamizada voz de ceniza, un clima de nostalgia y gravedad sin patetismo que recuerda al Cernuda de *La realidad y el deseo*. Con razón apunta Juan Liscano que Montejo “depura el poema en todos sus niveles expresivos, en una acción lúcida y reflexiva de humanar las cosas y el tiempo”.* Dentro de ese ambiente fantasmal pero vigilado por un rigor luminoso y ascético, en esa casa antigua, vista como al trasluz de una retrospectiva seca en su asumir el derrumbe, Montejo verifica “a expensas del vaivén opresivo” su propio exilio, el desarraigo silencioso del cuerpo por el discurrir, la identidad desmoronada por el trascurrir inclemente. Su voz desaparece en esa morada del pasado, del tiempo; se observa hablada por voces extrañas, mecánicas, inconscientes; se extravía en un laberinto de espejos, o mejor, en un parloteo especular. El poeta siente que el desasimiento, la corrosión lenta y alejada —presente que contem-

pla y experimenta al mismo tiempo— como un eje de nervios a través de su cuerpo, es “un polvo inventible” “donde llueve el ayer de un ayer”.

En *Lo Real y la Memoria* de Luis García Morales, uno siente también una vivencia similar de la temporalidad, aunque más tumultuosa. Superando la espectral cotidianeidad de Montejo, García Morales se arriesga más intensamente, hasta los linderos de lo que Jaspers llama “la situación límite”. El poeta avanza con conciencia despierta y lacerada por vericuetos ancestrales, vislumbrando con el dolor del pasar que se dibuja en su cuerpo “el color donde la razón se bifurca”. Experiencia donde lo telúrico y lo fantasmagórico se confunden y se borran, iluminados ambos disimuladamente por una disciplina intensa y profunda, la poesía de García Morales canta las cosas, los objetos del recuerdo, del hogar, de la naturaleza, al lado de la reminiscencia metafísica o familiar, sin que su tono devenga el del prosaísmo anecdótico o el de una épica fácil de la memoria o el desarraigo. Sus textos desprenden un atenuado olor de elegía, como de un mundo presente en su irradiación dispersa. Quizá también a ello se deba el que García Morales guste de las imágenes del desequilibrio, del asirse inseguro, del “tener la vida en un hilo, como sostenido por dos guerreros lejanos”. Poesía de la añoranza de un pasado mítico que regresa a los orígenes o se proyecta en mundos imaginarios por insólitos y se apresta a “conocer por el instinto y la intuición”.* No obstante, el poeta recrea más que rememora, y de la confrontación del recuerdo y la invención, de esa tensa y serena atención que incluye contradictoriamente el alma y el cuerpo, el desgaste y la eternidad, el delirio y la razón, el poeta es el “hechizado hechicero de una creación cálida”.*

Juan Sánchez Peláez se coloca en otra perspectiva. No recrea por el poder autónomo de la imagen, sino por facultad propia, escenas, situaciones, memoranzas cotidianas en las que el milagro, el prodigio entrevisto, se inserta como una imprevista o desusada brecha. Lezama Lima define las imágenes poéticas y la poesía como “las eternas figuras que atraviesan el patio de la costumbre”.¹ Se me ocurre que esta aproximación serviría para definir la actitud verbal del poeta y su concepción de la creación. Sánchez Peláez extrae así del deambular cotidiano el fulgor imprevisto, “el hueco de nuestra sombra”.

Su confrontación con el prodigio del día, con el surgimiento de la magia silenciosa del tedio, le ha preparado para oír, o mejor, para ver-oír el deterioro, no del tiempo mismo sino de sus logros o carencias, respecto de su proyecto vital. Para Sánchez Peláez, el tiempo no es simplemente un inventario de entes gastados, derruidos, sino algo más abstracto, pero también más axiológico y vital que químico o metafísico; es el enfrentamiento del hombre con una pausa no vivida en su auténtico y pleno placer, hacer, actuar, observar, tocar, oler; el dolor, el *pathos* reflexivo de una opción no tomada, el agujero dolido por donde se esfumó una posibilidad, un fragmento que quizá era toda la existencia. Por ello, el poeta adopta el "canto entonado", "el discurso",* y toma conciencia, al decir de Liscano, de la "negra edad". Por eso también deviene "sonambólico", por que quizá la plenitud de ahora no sea la posibilidad que debió elegir: el poder haberse equivocado. Esta forma de asumir la poesía permite vislumbrar objetivamente esta oquedad y darse cuenta de que "la dificultad no es de orden intelectual sino moral".² Sánchez Peláez podría decir con López Velarde: "yo no soy más que una bestia deshabitada que cruza por un pueblo ficticio".³

El reino de Ramón Palomares tiene en común con los libros de los tres poetas anteriores un trabajo denso, profundo, sobre la vivencia cotidiana; una disciplina del lenguaje que logra extraer de lo real rasgos imprevistos, ocultos, dados unas veces por el efecto luminoso de un vocablo, de una frase oscilante entre el habla y la metáfora. Pero lo más esencial que lo uniría a los poetas mencionados sería la capacidad alquímica de transmutar la realidad dividida, observada y compartida, los objetos cotidianos, las rutinas y las desolaciones, en objeto de sorpresa, en epifanía. Palomares es por esto "elíptico y directo al mismo tiempo".* Es casi increíble el talento verbal de Palomares para trabajar con tanto rigor, para superar con tanta maestría, con tanta sabiduría, ese escollo peligroso que unos llaman folclore y otros "color local". Sobre esta vertiente peligrosa de la realidad, sobre esta materia prima, sinuosa por difícil de sortear y transmutar en universo autónomo, después de tantos intentos fallidos de poetas latinoamericanos, Palomares sabe reflejar y aludir, representar y mirar al sesgo, traducir y tomar una distancia crítica y verbal para que el habla rural sea al mismo tiempo palabra campesina y trasfondo, realidad fantasmal que, como en el mundo de Juan Rulfo, ahonda desdibujando y borra incidendo en la tragedia pequeña y miserable. Con razón dice el poeta Juan Liscano que: "Su poesía viene a reiterar sobre el caos del mundo el luminoso Reino

de los símbolos vitales".* La labor de Palomares ha sido ardua, pues significa robar un hálito genésico a la palabra diaria de la gente de Escuque. La distancia del poeta frente a un posible costumbrismo o nativismo está en que Palomares, ingenuo y espontáneo en apariencia, conserva el sabor arcaico o primitivo del mundo de que ha partido, los Andes venezolanos. Ha leído y meditado bien la poesía contemporánea y tiene muy bien asimilados a Rimbaud, a Breton, a Neruda y a los poetas precolombinos. Y si el surrealismo es en cierta forma la maravilla que intenta suplir lo cotidiano inerte, el mundo poético de Palomares es lo cotidiano que sale por sus fueros a defender sus derechos a la sorpresa y la maravilla. Carpentier ha podido hablar en otro lugar de lo real maravilloso. En su "Elegía a la Muerte de mi Padre", el poeta crea un símbolo cósmico de la muerte y la resurrección, del orden de la naturaleza. Una comunicación pánica y mítica.

El cadáver del padre, concebido como combustión de la tierra, como alimento para hacer florecer las estaciones y aumentar el esplendor vital de la naturaleza, comunica al poema un tono de canto exultante, alegre, vivificador, como un poder de transmutar lo cenital descompuesto en sustancias resucitadoras, abono vegetal para la existencia, y ese clima constituye al mismo tiempo un símbolo de la creación poética que parte de la materia desgastada para elevar sus nuevas criaturas. Acierto magistral: elegía que es canto a los ciclos de la naturaleza y al despertar del poema. Cadáver que es abono-alimento-tema, muerte transitoria para engendrar con sus restos la vida cósmica: concebir la muerte como el ciclo del día y la noche. Este concebir el tránsito como un simple proceso natural es, simultáneamente, triste y grandioso. No se muere; se va y se viene, se duerme y se despierta; la muerte del padre se confunde con la muerte del sol y la luna. Un suave rescaldo bíblico alimenta estos textos y contribuye a darles ese "gusto muy matizado por lo sensual y resplandeciente" y "esa incesante fuerza de fabulación".* El mito que surge de las entrañas mismas de lo popular, sobre lo cual se ha generado una disciplina, un trabajo de lenguaje y una posibilidad de mirar y remirar el folclore desde la "Otra Orilla".

Enrique Arenas

* Juan Liscano. *Panorama de la literatura venezolana actual*. Edit. Publicaciones Españolas, S. A. Caracas, 1a. ed. 1973.

¹ José Lezama Lima. *Introducción a los vasos órficos*. Edit. Seix Barral, 1a. ed. Barcelona.

² Octavio Paz. *Corriente alterna*. Edit. Siglo XXI, S. A. México, 1a. ed. 1967 (Col. La Creación Literaria, Ensayo).

³ Octavio Paz. *Cuadrivio*. Edit. Joaquín Mortiz, S. A. (Col. Serie del Volador), 1a. ed. 1965.



Luis García Morales

LAS COSAS Y LOS SERES

Para tratar estos asuntos debo regresar al comienzo.
Allí no hay nada sino mis ojos volcados a los días,
los días tejiendo su casa delirante,
y el chubasco suena por las calles,
desenterrando el verano, los perros, las ánimas.
Nada sino las voces
y algo creciendo entre nosotros
que muda el cielo, nos cambia el rostro,
desanuda los lazos de la carne.

Ya nada es lo que era.
Todo gira buscando su porvenir en la memoria.
La lluvia cae temblando y se la beben los girasoles,
los lirios tienden a evaporarse en el rocío,
los pájaros vuelan atados a su ceniza
y a mitad de la noche
tu cuerpo es una secreta exhalación,
colina que levantan con el pico los ruisseños,
pero tu cuerpo es boda con un río
que lo alimenta y lo destruye.

Agua de espejismo, nos bañaremos en el polvo.
Cambiaremos de piel, de lengua, de lugares.
El ocaso como la aurora,
la llama flotando en el diluvio,
la sombra de los padres
saliendo por la sombra de los hijos,
los pasos que iban hacia el norte
irán llegando al sur.
Toda vida es alianza inacabable,
toda muerte es resurrección.

Yo no soy el que era
mi cuerpo se carboniza con los años
mis ademanes vuelan
huyen en complicidad con el aire
mi camisa está en cruz bajo el sol
vertiendo su inútil primavera
el verano pasa conmigo
nos perdemos nos oscurecemos nos vamos.

Protege la sombra de mi palabra
protege al caminante



los perdidos en el desierto
quienes viven en los hoteles solitarios
quienes apenas viven
los más necesitados
los más esperanzados
el que no ha muerto en las colonias
el que canta
el viejo que delira viéndose ir por el mar.

Protege al pordiosero
al que tiene su casa como sus hijos en el agua
al que no duerme al que ya nada espera
al que toca a tu puerta sin rostro
disfrazado por la cólera de los años
protege a los que siguen andando, protégelos,
su camino es elogio de la luz
en la soledad de los vientos.

Ya nada es lo que era
las cosas de la vida son vuelo inacabable
siempre diciendo adiós, pasando, despidiéndose,
atadas al soplo venidero, encadenadas por la muerte.

Pero yo vuelvo al comienzo.

EN EL TIEMPO

Cuando el año empiece a subir con sus ilusiones y sus
muertos,
entre el goce y la hora indescifrable,
entre su principio y su fin,
tal vez unidos al viento, a la soledad, a los días,
el calor de las venas cercano a la fragilidad de las
rosas
y el agua preguntando bajo los puentes
cuál noche será la última,
cuál será el nombre del porvenir,
preguntando lo que no tiene palabras.

Cuando empiece a subir la vida
—quiero decir el fuego, la eternidad, la muerte—
y estemos en Caracas, en Nueva York, en Londres,
a orillas del Yang-Tse-Kiang
o en el corazón de los ecos, en la Plaza Roja,
no hables como los naufragos
el pensamiento y la voz llenos de agua,
no expreses una idea bajo el polvo
con la lengua crucificada,



no escribas nada en la niebla
si la luz no ha reunido sus ramos.

Por allí comienza la primavera.
Vienen los bosques,
las aves, los vitrales son bosques,
el humo se aleja de la mirada
y desde el campanario protege la fuga de los ángeles.

Si tu espíritu o tu nada
estuvieran bajo el cielo amarillo
—el cielo que empieza a crecer hasta volverse rojo—
nadie te vería, nadie diría
que tu vida comenzaba en octubre.

Si nacieras en el río de la plata
entre soles de piedra
o caminos que cierran los ojos en el agua
si vieras el rocío, las hojas, los años
confiados a la selva
si te miras dos veces en el mismo río
en el río de espejos, en el río de oro, en el río negro
tu vida y tu soledad cambiarían
y estarías en otoño.

No vaciles. El mar es donde terminan los viajes.
Esta noche en cualquier sitio vale cuatro dólares.
Amame, asesina ese porvenir por cuatro dólares.
Todos corremos hacia ninguna parte.
¿Desde cuándo corremos si allí no espera nadie?
Y junio, el transitorio junio,
quería perpetuarse en los barrancos floridos.

Quienes pasaban con una llama en los ojos
viven en el desierto.
Quienes vinieran,
por cualquier lado,
desde cada destino innombrable,
con cualquier vida,
con cualquier caricia en las manos

—Amame, aún se escucharía en la noche.
Algo transcurre, alguien se acerca.
Esos pasos venían desde fines de octubre.
Esa bandera la soñaban los muertos.

Estamos solos, amor.
Decirlo en una palabra: vivimos.
Decirlo sin lágrimas: estamos.
Pero alguien se acerca.

Nadie pregunte nada.

Cuando el año termine

Quienes cantaban, quienes tenían llama en los ojos
—el año, con su pasado y su porvenir,
el año con sus ilusiones y sus muertos—
quienes iban a conversar en 'el Támesis,
en la parte dorada del Hudson,
la ciencia, la astrología, el enigma
en torno al té con pabellones azules,
la marcha y el cielo, la nieve y el fuego,
el destino mudando la camisa del tiempo.

Quienes venían desde los tristes extremos,
desde el trópico, quienes traían el sol
y lo dejaban sonando en la noche,
brazaletes, ojos de cobre para sus cabellos de cobre,
algo transcurre en este segundo internacional,
ámame, toma mi porvenir por cuatro dólares,
mis hijos no han llegado,
no llegarán jamás,
no me mires con esa ironía en la noche,
estas son cosas del tiempo.

¿Desde cuándo corremos
si nadie espera a nadie?

Pero algo transcurre y nosotros corremos
hacia los días, hacia la vida
todos corremos hacia donde terminan los viajes
o comienzan.

LOS RETORNOS

Y de nuevo al comienzo
El día semejante a la noche
Iguales la primavera y el estío
El hijo y el padre
El olvido y la anunciación

Y de nuevo en el tiempo
sopló de humo de las edades
nuestro soplo girando en círculo sobre los mares
nuestros brazos haciendo señales en el desierto
y es el mes de septiembre
que desata moribundo todas sus aves.

Este es el día y ésta es la noche
nuestra casa levantada en el viento

el agua y el árbol
el fuego y el cielo
y la hora peregrina de la enfermedad crepuscular.

Este es el día y ésta es la noche
entre flores quemadas y la fría perturbación de los
astros.

El día y la noche hallándose y destruyéndose
en una extraña guerra sin armas.
Observad los fulgores. Observad las ruinas del mundo.
Aquí hubo lilas, follajes.
Aquí silbaba y reía cada mañana el vagabundo.
Un tiempo de perezas, un tiempo de alegrías
y el oscuro placer de la vida en medio del desastre
renovando su canto, sus licores.

(Es necesario encontrarnos besarnos es necesaria
[tu piedad entre nosotros el hechizo del amor
[entre nosotros
por última vez
como una ráfaga de dulzura
como una palabra de fuego
el estigma único y para siempre en el día frágil
y en la noche)

Observad la carne, el oscuro rumor de la carne, sus
voces
para siempre perdidas, sus horas de aflicción y el sueño
el último refugio: semejante viaje en busca de fuego
a lo largo de nevadas praderas y nevados vientos.
Los sueños, el encanto único de la carne en su tiempo
irreal.
Semejante engaño del tiempo, semejante llama en la
nieve.

Y se habla de la infancia. ¿Dónde? ¿En qué sitio?
Y nos rodean numerosos enigmas.
Alguien habla de flores, canciones, arcoiris.

Alguien hace muchos años reía en la bruma.
¿Quién es alguien? ¿Cuándo? Y vendían pájaros y
abalorios.
Y hablaron de estrellas, animales, países.
Y nadie sabe ciertamente por qué lloraban,
reían y eran tristes.
“Perdón, señor, no lo he visto nunca, no nos veremos
nunca.
Somos ciegos. Somos ciegos, señor”.
Y de nuevo al comienzo



El primer día como el último
Y estamos en mayo, en el corazón de las lluvias.

Donde guardas los bellos imanes
—la dádiva más apetecible desde siempre—
levantaré mi noche, mi soplo perdurable,
igual al principio.

Donde brilla el pequeño bosque,
donde guardas la piedra secreta de las continuaciones,
levantaré mi casa, el único refugio donde renaceremos
antes y después, ahora y mañana,
en el punto único del recuerdo y el porvenir.
Un tejido mágico: mayo y abril al mismo tiempo,
las estaciones simultáneas, el canto del pájaro muerto
y el rumor del viento en el próximo vendaval.
Una extraña alianza
como antes del principio
como ahora y después.

[Lo Real y la Memoria]

Eugenio Montejo

Piafa y me ausculta a cada hora
aquel caballo en que mi padre
llegó hasta mí. Piafa y no lo veo.
En laberinto de establo
su flanco palmoteado por la raza de abismo.
La herradura combada a un límite de obsesiva eternidad
donde todo venir es volver.
Piafa y orejea su capa de murciélago
modula un relincho de dádivas oscuras
y aletea magro de toda fatalidad
siempre con esa víspera en los ojos
listo para llevarme en su trote sin fin.

De quién es esta casa que está caída
de quién eran sus alas atormentadas
esa puerta con ojos de caballo
y flancos secos en la brida muerta
de su aldaba. El relojeante polvo
donde se palpa la usura del vacío
con sus patas de araña. Y el jinete de sombras
que transpuso en la ojiva su ser



de graves estandartes. Y desmontó
y erró por años confinado a un espacio
de geométrico frío hasta hacerse fantasma.

Tan ululante vuelve y no verídica
la fabla de mis loros nonagenarios
reyes en la ceniza de un vano parloteo
a expensas del vaivén opresivo
en el aro de plumas ajadas
tan ululante grito de mis nombres perdidos
ecos en la memoria sin edad
vuelven al balanceo donde sus picos
limpian en otro espacio las sobras del ayer
hablan a solas de mi vida los grifa el porvenir
y obsérvanme al anillo de sus ojos
en aquel punto de retina en que me abren
o me cierran con un tacto febril de eternidad.

Tosen viejos los árboles de invierno
sobre los blancos pavorreales de la muerte
donde la lluvia habla latín
tosen a la ululante ceniza trágica
atan valijas de partir se anohecen
y erizan los pulmones de frío
a la escarcha del rayo
ocultando ataúdes en sus capas de reyes.

Llueve en el fondo del caballo
a nivel de la silla interior, del otro viaje,
donde ya no podríamos volver.
Llueve en el espinazo de la vuelta
al fatal espoleo de los ijares
sobre la crin de negros estandartes
a mitad de aquel trote que rehace la vida
allí donde regresan a galope los muertos
donde no queda nada de caballo.

Fatales sapos de mis élegos
tan tarde croan en mi vida
que más bien doblan a muerto.
La infancia duerme como sierpe
en su fasto de anillos mal atados

se comba por el ocio de ser
gravita en ese punto inocente que me dobla
nimbado a la piedad de lo que fui
y anúdase en elipsis cuando sopla
aquel fagot en el pantano íngrimo
muda como quien teme una revelación
y no despierta.

[Elegos]

Ramón Palomares

ELEGIA A LA MUERTE DE MI PADRE

Esto dijéronme:
tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.
Abrele los ojos por última vez
y huélelo y tócalo por última vez
con la terrible mano tuya recórrelo
y huélelo como siguiendo el rastro de su muerte
y entreábrele los ojos por si pudieras
mirar a donde ahora se encuentra

Ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre
y en el aire dejaron pedazos de sus alas,
con una sombra triste y dura se perdieron
como amenazando la noche con sus picos rojos
las potentes mandíbulas del jaguar se han abandonado
a la noche se han abandonado como corderos
o como mancos puercos pintados de arroyo
vélos abrirse paso en el fondo del bosque
junto a los ríos que buscan su lecho subterráneo

Y de esos mirtos y de esas rosas blancas
toma el perfume entre las manos y échalo lejos,
lejos, donde haya un hacha y un árbol derribado

Ya entró la terrible oscuridad
y con sus inexorables potencias cubre las bahías
y hunde las aldeas en su vientre peludo
toma ahora el jarro de dulce leche
y tíralo al viento para que al regarse
salpique de estrellas la tiniebla
pero aquel cuerpo que como una piedra descansa
húndelo en la tierra y cúbrelo
y profundízalo hasta hacerlo fuego

ANDRÉS BARRAL MORAL LÓPEZ

SOLLERS
DERIVADO
KRIS

y que el pavor se hunda con sus exánimes miembros
y que su fuerza descoyuntada desaparezca
como en el mes de mayo desaparecen algunas aves
que se van, errantes y nadie las distinguirá jamás

La joven vestida de primavera
la habitante en colinas más verdes,
la del jardín más bello de la comarca
la del amante de las lluvias:

la joven vestida de primavera se ha marchado
inconstante, como los aires, como las palomas,
como el fuego triste que ilumina las noches.

Así pues:

que tus manos no muevan más esos cabellos,
que tus ojos no escudriñen más esos ojos,
pues se cansa el caminante que en la cumbre se detuvo
y que al camino no pudo determinar su fin.

Pon sobre los lechos tela limpia,
arrójate como vencido por el sueño
y como si fueras sobre los campos, sobre los mares,
sobre los cielos, y más, más, y más aún:
duérmete como se duerme todo,
pues el limpio sueño nos levanta las manos y nos
independiza
de esta intemperie, de esta soledad,
de esta enorme superficie sin salida

Dijéronme:

tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.
Abrele por última vez los ojos
y huélelo y tócalo por última vez:
como se toca la flor para la amada, así tócalo
Cómo se miran los extraños mundos de un crepúsculo,
así míralo
como se huelen las casas que habitáramos un tiempo, así
huélelo

Ya los zamuros se retiraron a las viejas montañas
y también los lobos, las serpientes,
y no saldrán hacia los claros bellos de la luna
y no escucharán el canto de las estrellas silvestres,
y no detendrán el suave aliento que mueve las hojas.
Voltearon y se fueron y ya no quieren más las claridades
las claridades que bailan serenamente en las copas.

Ya las flores nacidas anoche,
como el lirio, como la amapola, como la orquídea
blanca



las flores nacidas anoche han desaparecido
y sólo cuelgan con olores tristes de los gajos.
No mires más los arroyos que se llevaron las aguas,
las de ayer, las de hoy, las de ahora mismo,
y por la lejanía no dejes vagar tu mirada
acuciada por el dolor de los pájaros presos,
por el dolor de quienes dejaron partir a la amada,
por el dolor de quien no puede marchar más nunca a
su país.

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos
sobre la tarde tan gris, por el cielo inhóspito,
ciertas aves migratorias, llenas de tristeza.

[Honras Fúnebres]

Juan Sánchez Peláez

PIENSO CON FRECUENCIA

Pienso con frecuencia en el día que pasa y en los años
que me fueron negados. Sin embargo, el jazmín de pie
se vino de bruces e invadió la casa. Me regodee con la
mujer encinta, toqué lo que le faltaba. He sentido tam-
bién con su piel la tierra, y me he visto envejecer des-
nudo.

Has dado vuelta al reloj, persona que desvarías. De
golpe tuvimos tú y yo toda la claridad. Nos vimos lle-
gar victoriosos e indemnes a rehacer el camino, a refe-
rir lo vivido el sueño.

UNO SE QUEDA AQUI

Uno se queda aquí, huérfano, en la ribera lejana o en
la escollera. Entonces viene la mueca que es el pensa-
miento resignado, y una manera de considerar que nos
hallamos por cierto tiempo en buena disposición física,
y que luego también nos iremos de viaje. Pero no, siem-
pre no, bosque perdido e inasible. Si nos fatiga la cic-
triz bella del país, y la cáscara de los caminos, si nos
divierten algunas arañas en la pieza diminuta que ocu-
pamos, si no podemos desprendernos de los amigos que
sollozan con nosotros, si no disponemos para la travesía



con fajas de leche y pan, si no podemos escapar, aun en puerto seguro, a los brazos de la alta y la baja marea.

HOY

Voy a disponer en fila india mil lanzas contra el asfalto del cielo. Vengo a sellar jarras labradas; a detenerme en la médula, en la piel, en la flor. A nivel de la concavidad marina sacaré el pez, de cuajo, con una vara de estrellas. El mundo se halla hoy al alcance de mis ojos tranquilos, y vivo en el reflejo, en línea recta, su claridad concéntrica.

EXPERIENCIAS

Me volví a ver con aquellas damas en el poyo de la ventana, volví a oír decir niño estése quieto, sentí que se anulaba el tácito dolor y volvían la fantasía y la memoria con firmes prodigios, busqué por el mundo sin nombre mi país en el desierto, me deslicé en la arena y corté el mármol sonoro, busqué y proseguí.

Me volví con vaivenes rápidos, circulares de víctima. Como si no pudiese abarcar nunca, en mi estupor, la onda roja en el fuego ni el día inicial.

OH EL TRASPIES

Oh, el traspies, el hueco de nuestra sombra, y ninguna lágrima redonda. Oh muy tunante que olvidas, muy parlanchín, callas ante los verdaderos misterios. Apuras el sabor de lejanos mediodías. Pero el tiempo se pegó a tus botas, la nieve que quieres arrojar por las ventanillas del tren. El tiempo que es un tambor en el vestíbulo de los desconsolados. Oh aquel susurro en el viento mudo de la hora febril.

POEMA

La selva roja murmura, murmura, y de repente es toda la realidad del corazón mi selva roja. Y ella que es un

péndulo que oscila en el gemido, mi selva roja, y ella que exclama con saltos leves de dicha, mi selva roja, en la ruta que conduce hacia ese hondo bosque fuera de la tierra anónima, nos deja estar en ninguna parte y olvidarnos, nos deja no resbalar en la cosa que se evapora, nos deja la mediúmnica voz de nuestra certidumbre, y en paz, sin magnos errores, mi selva roja.

NUESTRO PRESENTE

Nuestro presente es futuro. Nuestro futuro, inalcanzable. Vivimos en el sueño y en la realidad. Comemos nuestro pan cada mañana con los dientes de Berenice que está tranquila en su tumba, y sepultada.

FORTUITO

Si no estuviera suspendido en el aire, aquel sonido. Si el nombre bajo el firmamento no fuera una rota ausencia. Si no nos volcara en la nada nuestra infinita raíz que espera. Si no estuviéramos a la orilla de vastos ríos solares, con nuestra pupila enigmática a algún lado en la sugestión de la noche.

HORA ENTRE LAS HORAS

Hora entre las horas frente al texto inmóvil o las pupilas de Valparaíso lindo tren contento de echar humo que iba a la Guaira como el talismán vengador tu mano en el primer peldaño corre un ave ígnea a horcajadas de ti en la palabra grande o pueril la luciérnaga adentro o afuera de tu enigmática maleza oscura bien atemos frases fragmentos nociones uno y otro equívoco e hipótesis habituales ensayemos máscaras estilos gestos diversos dale y dale a tu campana en la inmensa tarde van a cebar y degollar tu sombra un día de sol y que emerja la cavidad el alba aguardemos aquella imprevisible ofrenda debemos parar esta broma en seco me oyes debemos excavar el túnel por un mínimo desliz de tierra debemos dormir por la boca del túnel que sube y baja no te vayas por las ramas proseguía mi sombra gacha quién sabe y qué podemos saber nosotros grande o pueril azoro nuestro atribulado silencio.